

—«Y no se ha sorprendido de veros llegar á su casa, en esta estación, con un tiempo semejante?»

—«Pero . . . sí, un poco, repliqué neciamente, incapaz como lo era de disimular la verdad.»

Su descontento se redobló.

—«Y cómo, replicó, os encontráis aquí? ¿Conocíais, pues, esta encrucijada?»

—«No, me la hice indicar.»

—«¿Por quién?»

—«Por un criado de mi tío; pero como sus indicaciones no eran tan claras para que no equivocara el camino» . . . .

Me miró sonriendo de un modo tan irónico, que me cortó la palabra.

—«Y todo eso os parece sencillo! interrumpió ella. ¿Creéis que van á encontrar muy natural en Boiscorán el veros llegar como una bomba, y en seguida poner os á buscar la encrucijada de los Hombres Rojos? ¿Quién sabe si no os han seguido! ¿quién sabe si detrás de cualquiera de esos árboles no hay dos ojos que nos espían!» . . . .

Y como al hablar mirara en su derredor con la más viva expresión de inquietud, no pude contenerme de decirle:

—«¿Qué teméis? ¡No estoy aquí!» . . . .

Me parece verla todavía con el modo con que se quedó observándome.

—«No tengo miedo de nada, entendedlo bien, me dijo, de nada en el mundo . . . sino de ser, no comprometida, pero siquiera sospechada. Me agrada proceder como lo hago, y me conviene tener un amante. Pero no quiero que lo sepan. Solo si supieran lo que hago, es cuando consideraría que hacía mal. Entre mi reputación y mi vida, no escogería lo segundo. Voy hasta tal grado, que si debiera ser sorprendida con vos, preferiría que fuera por mi marido más que por un extraño. Ninguna afección tengo por el señor de Claudieuse, y nunca le perduraré nuestro casamiento, pero ha salvado el honor de mi padre, y debo guardar el suyo intacto. Es mi marido, y además el padre de mi hija, llevo su nombre y pretendo que sea respetado. Moriría de dolor y de vergüenza si tuviera que dar mi brazo á un hombre que fuera acogido con sonrisas mal disimuladas. Las mujeres son cobardemente estúpidas, no comprendiendo que sobre ellas recae el desprecio y el ridículo bestialmente injusto cuando no saben precaverse del hombre á quien traicionan. No, no amo al señor de Claudieuse, á vos, Santiago, os adoro . . . . Pero entre vos y él, recordad que no vacilaría un segundo, y que por evitarle la sombra de una sos-

pecha, aunque tuviera que despedazar mi corazón, con la sonrisa en los labios sacrificaría vuestra vida y vuestro honor»...

Quise replicar.

—«Basta, dijo. Cada minuto que pasemos es una imprudencia más. ¿Qué pretexto vais á darle á vuestro viaje á Boiscorán? ...»

—«No lo sé... respondí.

—«Es preciso pedir dinero á vuestro tío, cierta cantidad para pagar deudas. Se disgustará tal vez, pero se explicará vuestra repentina pasión de viajar en el mes de Noviembre. Vamos, adiós»...

Absorto y confundido:

—«¿Cómo! ... exclamé, sin volver á vernos, después de tanto tiempo»...

—«En este viaje, respondió, sería una insigne locura. Esperad, sin embargo... Quedaos en Boiscorán hasta el domingo. Vuestro tío nunca falta á la misa mayor; acompañadle. Pero tened cuidado, sed dueño de vos mismo, evitad una mirada. Una imprudencia, una debilidad, y os despreciaré»...

Santiago detuvo sus palabras, buscando en la fisonomía del señor Magloire un reflejo de sus impresiones y pensamientos.

«Pero el célebre abogado permanecía impassible; y suspirando, continuó:

—«Si he entrado en tales detalles, Magloire,

es porque necesito que sepáis qué clase de mujer es la condesa de Claudieuse, para que comprendáis su conducta.

No había cometido una traición, ya lo veis; ella misma me señalaba el abismo en que debía rodar...

¡Ay de mí!... lejos de espantarme los lados sombríos de aquel extraño carácter, exaltaron mi pasión. Admiré su aire imperioso, su atrevimiento é imprudencia, su ausencia de toda moral que contrastaba extrañamente con su terror á la opinión.

—«Así es, me dije con una fiereza imbecil, así es una mujer fuerte.

Debió quedar contenta de mí en la misa mayor de Bréchy, porque supe contener hasta un estremecimiento al verla y saludarla, pasando tan cerca de ella que mi mano tocó su vestido.

Además, la obedecí escrupulosamente.

Pedí seis mil francos á mi tío, que me los dió sonriendo, porque era el más generoso de os hombres, pero diciéndome casi al mismo tiempo:

—«Ya me figuraba que no habías venido á Boiscorán sólo para recorrer el bosque de Rochepommier.»

Aquella fútil circunstancia debía contribuir

también para redoblar mi admiración por la señora de Claudicuse.

Igualmente habia previsto la admiración de mi tío, en la que ni siquiera había pensado yo.

—Tiene el genio de la prudencia, pensé.

Sí, en efecto, lo tenía; también el del cálculo, pues no tardé mucho en tener de ello una prueba.

Al llegar á París encontré una carta suya, que no era sino una larga paráfrasis de sus recomendaciones en la encrucijada de los Hombres Rojos.

Aquella carta fué seguida de otras varias, recomendándome por su amor que las guardara, teniendo todas en uno de sus ángulos un número de orden.

La primera vez que volví á verla:

—¿Para qué son esos números? le pregunté.

—«Mi querido señor Santiago, me contestó, una mujer debe saber cuántas cartas escribe á su amante... Hasta este instante debéis haber recibido nueve»....

Eso pasaba en el mes de Mayo de 1867, en Rochefort, á donde había ido para asistir al acto de botar al agua una fragata, á donde fuí por orden suya, habiendo pasado juntas algunas horas.

Me puse á reír como un necio de aquella idea

de la contabilidad epistolar, y no volví á pensar en ello.

Tenia entonces otras preocupaciones.

Me habia hecho notar que el tiempo pasaba, á pesar de la tristeza de nuestra separación, y que el mes de Septiembre, su mes de libertad, llegaría bien pronto.

¿Quedaríamos reducidos, como el año precedente, á los viajes á Fontainebleau, tan peligrosos á pesar de tantas precauciones?.... ¿Por qué no buscar una casa aislada en un barrio desierto?....

Cada uno de sus deseos era una orden. La generosidad de mi tío era inagotable. Compré una casa....

Al fin, á través de las explicaciones de Santiago de Boiscorán, aparecía una circunstancia que iba tal vez á ser el principio de una prueba.

Entonces se estremeció el señor Magloire, y vivamente:

—¡ Ah! ¿comprásteis una casa? interrumpió.

—Sí, una linda casa, con un gran jardín, calle de las Viñas en Passy.....

—¿Y os pertenece todavía?

—Sí

—Tenéis por consecuencia los títulos.

Santiago hizo un gesto de desconsuelo.

—En esto todavía, dijo, la fatalidad está en

contra mía. Hay toda una historia en el negocio de esa casa. . . .

Más pronto de lo que se había iluminado la fisonomía del abogado de Sauveterre, se puso sombría-

—¡Ah! . . . . hay una historia, dijo, ¡ah! ¡ah! . . . .

—Apenas era mayor de edad, replicó Santiago, cuando quise comprar una casa. Temí encontrar dificultades, tuve miedo de que mi padre llegara á saber alguna cosa; en fin tenía que elevarme hasta la sabia prudencia de la señora de Claudieuse. Rogué, pues, á uno de mis amigos, un caballero inglés, el señor Francis Burnett, que hiciera esa adquisición á su nombre. Consintió de buena voluntad. En el acto, una vez que la recibió y fué registrada, me remitió los títulos con una cláusula en la cual constaban mis derechos. . . .

—¡Muy bien! pero entonces. . . .

—¡Oh! Esperad. No llevé esos títulos á la habitación que ocupaba en la casa de mi padre. Los deposité en el cajón de un mueble de mi casa en Passy. Cuando estalló la guerra, no pensé en recogerlos. Dejé á Paris antes del sitio, lo sabéis bien, puesto que mandaba una compañía de móviles del Departamento. Durante los dos sitios, mi casa fué sucesivamente ocupada por las guardias nacionales, por los

soldados de la Comuna y por las tropas regulares. Cuando volví, encontré las cuatro paredes clareadas por los proyectiles; todos mis muebles habían desaparecido, y con ellos mis títulos. . . .

—¡Y sir Francis Burnett? . . . .

—Dejó la Francia en el momento de la invasión, é ignoro lo que ha llegado á ser de él. Dos de sus amigos de Inglaterra á los cuales he escrito, me contestaron, uno que debía encontrarse en Australia, y el otro que lo creía muerto.

—¡Y no habéis hecho ninguna diligencia para asegurar la propiedad de un inmueble que os pertenece legítimamente?

—Ninguna, hasta ahora.

—Es decir, que según vos, hay en París una casa sin propietario, olvidada de todo el mundo, aun del receptor. . . .

—¡Perdonad! Las contribuciones han sido siempre puntualmente pagadas, y todo el barrio me conoce como propietario. Sobre la personalidad es lo que hay error. Me apoderé con toda confianza de la de mi amigo. Para los vecinos, para los abastecedores de ese barrio, para los obreros y emprendedores que he empleado, para el tapicero y el jardinero, soy sir Francis Burnett. Id á preguntar por Santiago de Boiscorán á la calle de las Viñas, y os res-

ponderarán: «No lo conocemos.» Preguntad por sir Burnett, y os dirán: «¡Ah! ¡muy bien!» y os trazarán mi retrato.

El señor Magloire movió la cabeza con aire poco convencido.

—Entonces, respondió, ¿confesáis que la señora condesa de Claudieuse fué á esa casa de Passy?

—Más de cincuenta veces en tres años.

—Siendo así, la conocen allí.

—No.

—Sin embargo....

—París no es Sauveterre, Magloire, allí nadie se preocupa de lo que hace, dice ó piensa el vecino. La calle de las Viñas es muy desierta, y la condesa tomaba para llegar y volverse las más hábiles precauciones....

—Sea, admito eso para el exterior. ¿Pero para el interior? Teníais á alguno para guardar y vivir en esa casa que no habitábais y para que os sirviera cuando ibais á ella.

—Tenía una criada inglesa.

—¡Y bien! debe haber conocido á la señora de Claudieuse.

—¡Oh!

—Cuando la condesa debía venir ó cuando salía, así como las veces que queríamos pasearnos en el jardín, enviaba á esa mujer á alguna parte. La mandaba hasta Orbano para

deshacernos de ella durante veinticuatro horas. En ese tiempo estábamos en el piso superior y nosotros mismos nos servíamos....

El señor Magloire estaba visiblemente en un suplicio.

—Os habeis equivocado sin duda, replicó. Los criados son curiosos y ocultarse de ellos, es provocar su curiosidad hasta la locura. Esa criada debe haberos espiado. Debe haber encontrado el medio de ver á la mujer que recibíais. Se le puede preguntar. ¿Está siempre á vuestro servicio?...

—No. Me dejó desde la guerra.

—¿Para irse á dónde?

—Supongo que á Inglaterra.

—De suerte que es preciso renunciar á encontrarla.

—Lo creo.

—Renunciamos, pues. ¿Pero vuestro camarista? El viejo Antonio tiene toda vuestra confianza; ¿no le habeis dicho nunca nada?

—Nunca. Sólo una vez le hice ir á la calle de las Viñas, y eso fué porque cayéndome en la escalera, me disloqué un pié.

—De suerte, que os es imposible probar que la señora de Claudieuse ha ido á la casa de Passy. ¿No teneis ni una prueba ni un testimonio de su presencia?

—Antes he tenido esas pruebas. Había lle-

vado ella diversos pequeños objetos de uso, que desaparecieron durante la guerra....

—¡Ahí! sí, dijo el señor Magloire, siempre la guerra.... ella responde de todo.

Jamás ninguno de los interrogatorios del señor Galpin-Daveline había llegado á serle tan penoso á Santiago de Boiscorán, como aquella série de rápidas preguntas que traicionaban una desconsoladora incredulidad.

—No os he dicho, Magloire, replicó, que la señora de Claudieuse tenía el génio de la circunspección. Es fácil ocultarse cuando se puede arrojar el dinero sin contarlo.

¡Es posible que saqueis un crimen de no tener pruebas que facilitar!... ¡El deber de un hombre de honor no es el de hacer todo lo posible para preservar de la sombra de una sospecha la reputación de la mujer que él se fía! He cumplido con mi deber y cualquiera cosa que suceda, no me arrepiento. ¿Podía prever acontecimientos inauditos?... ¿Podía prever que llegaría un día fatal, en que tendría yo, Santiago de Boiscorán, que denunciar á la condesa de Claudieuse y que tendría que verme reducido á buscar contra ella pruebas y testimonios?...

El célebre abogado de Sauveterre movió la cabeza.

Y en lugar de responder:

—Continuad, Santiago, dijo con voz alterada, continuad....

Sobreponiéndose al desaliento que lo embargaba:

—Fué el 2 de Septiembre de 1867, continuó Santiago de Boiscorán, cuando por la primera vez la señora de Claudieuse entró en aquella casa de Passy, comprada y decorada para ella, y durante las cinco semanas que permaneció en París aquel año, fué casi diariamente á pasar allí algunas de expansión.

Disfrutaba en la casa de sus parientes de una independencia tan absoluta, que no tenía igual. Confiaba á su madre, la marquesa de Tassar de Bruc, su hija —por que en esa época solo tenía una hija— y quedaba libre para salir é irse á donde mejor le parecía.

Cuando quería una libertad todavía mayor, se iba á visitar á su amiga de Fontainebleau, y en cada vez aprovechaba veinticuatro ó cuarenta y ocho horas en el viaje.

Por mi parte, para no ser molestado por las atenciones de la familia, ostensiblemente me iba para Irlanda, yendo á fijar mi residencia á la calle de las Viñas.

Esas cinco semanas pasaron como un sueño, y sin embargo, debo decir, que la separación no me fué tan dolorosa como lo sospechaba.

—¡El prisma no se había roto!

Pero siempre encontraba humillante el estar obligado á ocultarme. Comenzó á cansarme esa existencia de precauciones incesantes, se me hacia tarde para abandonar la personalidad de mi amigo Francis Burnett y recobrar la mía.

Por otra parte, nos habíamos jurado la señora de Claudieusé y yo, que nunca trascurriría un mes sin que pasáramos juntos algunas horas, y ella había inventado diversas estrategias para que estuviéramos sin peligro.

Una desgracia de familia vino precisamente, en esa época, á servir á nuestros proyectos.

El hermano mayor de mi padre, ese tío indulgente que me había dado para comprar mi casa de Passy, murió, legándome toda su fortuna.

Propietario de Boisacorán, iba yo á tener razones poderosas para vivir en el distrito, ó en todo caso de venir aquí sin que nadie se inquietara por lo que venía á hacer.

#### XIV

Era un hecho manifiesto que Santiago de Boisacorán deseaba concluir cuanto ántes, llegando á lo de la noche del incendio de Valpinson, y saber al fin por el célebre abogado de Sauveterre lo que debía esperar ó temer.

Después de un momento de silencio, porque le faltaba la respiración, y de dar algunos pasos en su celda:

—¡Pero para qué son tantos detalles, Magloire? dijo con tono amargo. ¿Tendreis la fé que os falta después de que os haya enumerado una á una mis entrevistas con la señora condesa de Claudieusé, y dado á conocer hasta sus más insignificantes palabras?...

Llegamos muy pronto á calcular tan exacta y profundadamente nuestro modo de proce-